

UN VIOLONCELISTA  
POR  
EL MUNDO

## PEDRO COROSTOLA

Por ANTHON OBESO

*Un solo maravilloso. Se acerca a la universalidad; sabe manejar con sus ágiles dedos las cuerdas de su instrumento para transportar el alma y hace vibrar apasionado las notas, al impulso de su talento...*

(De *EL IMPARCIAL*, Matanzas, Cuba, diciembre, 1959.)

No sé si Pedro ha llegado a la cúspide de su arte o no. Quizá él lo sepa. O es posible, también, que lo ignore o que ahora no se plantee esta cuestión. También puede ser que todavía presenta mucho camino ante sí por recorrer. Aquí no me refiero al triunfo, no porque Pedro no haya triunfado ya, cosa que es evidente, y porque sus triunfos pueden ser mayores. No. Aquí a lo que me refiero es si ha llegado ya a los límites de su propio arte o si, por el contrario, aún está capacitado para escalar cumbres más altas. Todo artista necesita del triunfo, pero no menos necesita, también, de esa inquietud, de esa agonía, que va forjando constantemente su alma. Hace muchos años que Pedro y yo hablamos sobre esto, luego ya no.

Por el momento Pedro Corostola es todavía noticia. Acaba de grabar su tercer disco, el tercer long-play, y sus últimas actuaciones han sido en Holanda y Grecia.

Está preparando, en el momento, una obra compuesta especialmente para él por el catalán Montsalvatge, y también está preparando una «Suite» de Bach, para violoncello solo, que interpretará en el Festival de «La Decena de Toledo», y en los Festivales de Coruña y Santander dará el «Concierto»



de Dvorak, acompañado por la Orquesta Filarmónica Húngara, el próximo agosto. Hay más proyectos, un posible concierto en Varsovia y luego una «tournée» por algunos países del Este. Más adelante, en Televisión Española, la *Sinfonía Concertante*, de Prokofieff, para violoncelo y orquesta.

La última vez que estuve con Pedro fue a finales de marzo pasado. Había venido a Rentería aprovechando unos días de fiesta y ensayaba un mínimo de cuatro horas diarias el concierto que había de interpretar, días después, en Holanda. Uno no sabe si pensar que para Pedro no existen las vacaciones, pues hasta los días que él dice estar de descanso ensaya un mínimo de cuatro horas, o, por el contrario, es que su vida es una continua vacación. De hecho, en Pedro, hombre y artista van íntimamente ligados en su personalidad. Todo su caudal humano lo ha invertido, con todos los riesgos que esta inversión implica, en el arte de la interpretación musical. Nuestra conversación, en este último encuentro, fue la de dos amigos que se alegran de verse y que no tienen grandes cosas que contarse, quizá porque ya se dijeron tiempos atrás.

Durante las fiestas de Navidad últimas, Pedro me enseñó el premio «SAID AKL», que le fue entregado en el Líbano, después de unos conciertos, premio anual que entregan en dicho país «a la personalidad más relevante de la vida cultural». Esto me hizo pensar mucho en una entrevista, que puede considerarse casual, que Pedro y yo mantuvimos con uno de los más prestigiosos artistas guipuzcoanos de la actualidad. El mencionado artista se lamentaba de que personalidades de la talla de Corostola tuvieran que salir fuera de Guipúzcoa para triunfar o, simplemente, para vivir. No sé si esto debiera ser así o no; la verdad también es que el artista en cuestión se hizo famoso a escala universal muy lejos de las tierras guipuzcoanas donde nació. Y el violoncelo de Pedro Corostola no sería lo que es hoy si su arte no hubiera sido escuchado en África Portuguesa, Argelia, Túnez, Egipto, Líbano, Turquía, Grecia, Méjico, Cuba, Puerto Rico, Suiza, Italia, Bélgica, Inglaterra, Holanda, Francia, etc., ni sería hoy Premio Jean Dumont ni Premio Gaspar Cassadó, entre otros premios. Es, quizá, que el artista está condenado a ser universal, y por lo tanto no debe limitarse en el espacio. Y todo ello a pesar de su sentimentalidad, y, muchas veces, de un exagerado amor al terruño. Recuerdo que en cierta tarde estival fuimos paseando por las inmediaciones de Landarbaso. Sentados a la puerta de un caserío, bebiendo sidra, charlamos extensamente. El día estaba cediendo y el sol descendía en el horizonte. En un momento, Pedro, me dijo: «Mirando estos montes verdes y aquí, en esta tierra, es cuando realmente me siento a mí mismo. Y me siento vasco, vasco hasta la médula, totalmente vasco. Y esta es mi gran añoranza cuando estoy fuera de aquí. Deseo siempre volver, volver a contemplar estos montes y estos caseríos que hacen que me sienta a mí mismo». Y, sin embargo, el artista está condenado a ser universal.

El hombre es un misterio y si ese hombre es además artista el misterio es mayor. Para profundizar en el enigma de Pedro Corostola sólo es posible a través de su violoncelo. De ese instrumento musical de profundas y matizadas vibraciones que es parte ya de la propia humanidad de Pedro. De ese medio de expresión que son un arco y unas cuerdas, por las que Pedro nos muestra su propia sensibilidad y el alma de los grandes: Bach, Beethoven, Debussy, Vivaldi, Albéniz, Nin, Schumann, Strawinsky, Kodaly, Hindemith y, en definitiva, el sentimiento humano expresado en sonido. Aquí es donde Pedro Corostola es. En esta sentida expresión humana. «Es terriblemente difícil», me dijo en el verano de 1965, cuando acababa de dejar la orquesta nacional en Lisboa, donde había actuado varios años, para incorporarse a la orquesta nacional en Madrid, y mientras escuchábamos una grabación suya, concretamente, *Sonata*, de Zoltan Kodaly, para violoncelo solo, que le había llevado dos años de trabajo el prepararlo.

«Es terriblemente difícil», había dicho Pedro refiriéndose a la labor que le supuso preparar la *Sonata*, de Zoltan Kodaly, y a la interpretación en sí. En el arte nada hay fácil. Trato de recordar los pasos de Pedro. El tiempo aquel después de su primer gran triunfo al conquistar el primer premio

en París. El tiempo en que nos dijimos muchas cosas referentes al arte, las dificultades, el triunfo y demás. El tiempo en que había que asumir difíciles decisiones. El tiempo en que tenía que comprometerse, para siempre.

«Cuando se determina la fecha en que he de dar un concierto, se apodera de mí un nerviosismo que me domina hasta el momento en que me sitúo en el escenario. Son días o semanas en que todo es difícil. Sólo cuando ya estoy ante el público, cuando tengo el arco y el instrumento en mis manos, una extraña sensación de calma y bienestar me invaden y la tranquilidad más absoluta se adueña de mí».

Hablamos del tiempo que transcurriría, estaba empezando, pero su visión estaba más allá del momento. Pedro me dijo refiriéndose al gran Pablo Casals:

«Le oí en una interpretación grabada en cinta. Verdaderamente me impresionó. Casals es magnífico, pero el tiempo le ha pasado. Observé durante la audición cierta torpeza en los dedos. Casals es ya mayor. Esto me hizo sufrir. Estoy seguro que Casals sufrirá al ver que sus condiciones físicas no le acompañan a su espíritu todavía joven. Esta torpeza de sus dedos no puede percibir la cualquiera que le escuche; desde luego, tiene que ser otro músico. A mí me ha ocurrido algo parecido, como una pereza en los dedos. Pero creo que es distinto a lo de Casals, sí, es distinto. Los dedos no acompañan a la agilidad mental. Y esto es verdaderamente martirizante.»

Hablamos sobre la elipse que determina la actividad del artista. Primero, una fase ascendente, a veces fácil, a veces corta, en general larga, casi siempre difícil y amarga. Luego, la cumbre, el triunfo, la seguridad. Luego, el descenso, el triunfo de otros, el eclipse, el olvido.

«Esto es lo que me preocupa. Mi ascensión es demasiado rápida, demasiado fácil. (No hacía mucho que había conseguido el primer premio en París). Además la confianza en mí mismo es cada vez mayor. Hace cuatro años no me hubiese atrevido a compararme a (aquí el nombre de un famoso en aquel momento). Hoy creo que su técnica es más perfecta que la mía, pero como artista me considero superior a él. Hace cuatro años no me hubiese atrevido a compararme a nadie, hoy sí. Y esto, a la vez que me alegra, me causa una profunda tristeza. Es extraño, pero es así».

Era el momento en que estaba asumiendo su propia responsabilidad, en que, dejando tras sí a sus maestros, comenzaba a quedarse solo ante su destino.

«No quiero llegar a la cumbre nunca. No quiero que la lucha cese en mi vida. Quiero seguir teniendo siempre el mismo miedo, la misma incertidumbre, el mismo temor y nerviosismo ante un concierto. Siempre, toda la vida. No quiero por nada del mundo que la tranquilidad me invada, quiero seguir así siempre, porque quiero».

No sé si Pedro ha llegado a la cúspide de su arte o no. Quizá él lo sepa. O es posible, también, que lo ignore o que ahora no se plantee esta cuestión. También puede ser que todavía presenta mucho camino ante sí por recorrer.

Por el momento, Pedro Corostola es noticia.